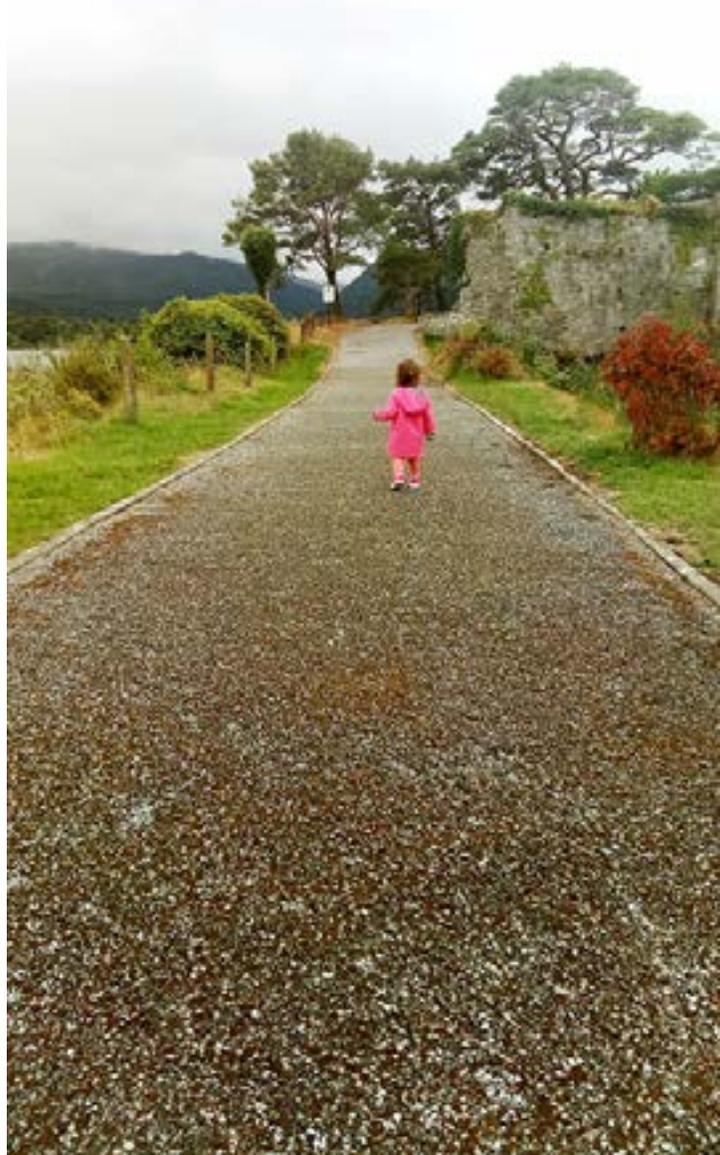


1/100 19 Mayo





Vámonos. Óscar Mora 2018

Textos de Jean Murdock, La Libritos, Jaime Rubio, Toni García, Pep Bruno, Alicia Moreno, Begoña Oro, Rosa Ribas, Meryone, David Araújo, Jorge Ordóñez, Rocío, Sol y Óscar Mora

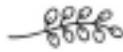
El copyright de cada uno de los textos pertenece exclusivamente a sus respectivos autores. Los textos están publicados bajo una licencia Creative Commons: si un texto te gusta, puedes y debes compartirlo; los textos no se pueden modificar; hay que citar siempre al autor.

No tenemos una política de cookies, ni falta que nos hace.

A partir de esta página, este documento tiene exactamente 1500 palabras: 100 por cada uno de los cuentos que se han escrito inspirándose en la fotografía (sin contar el colofón, claro).



Que los disfrutes.



La vida es un camino, Inés; cómete la fresa

Jean Murdock

«La vida es un camino», me dijo. «A veces te encuentras una flor; a veces, una piedra.» Luego me habló de aquel monje que cayó por un precipicio huyendo de un tigre que quería comérselo, y en su caída se agarró al tallo enclenque de una planta. A los pies del abismo lo aguardaba otro tigre hambriento, en lo alto seguía el tigre primero —con la boca hecha agua—, y unos ratones roían alegres la raíz de la planta que lo sostenía. La muerte era cosa segura. En la planta había una fresa. El monje se la comió; estaba deliciosa.

Casi Rojo

La Libritos

Caperucita Rosa no tiene miedo. No teme a lobos, ni a leñadores, ni a la oscuridad del bosque, ni a perderse y no llegar nunca a casa de la abuelita, ni a las reprimendas de su madre por haberse desviado del camino. Parece pequeña y frágil – poca cosa, en fin –, pero en su diminuto cuerpecito, que todavía se tambalea al andar con el vaivén característico de quienes se aventuran a dar sus primeros pasos, se esconde un poder único; una fuerza inusitada todavía por desarrollar, y que alcanzará su máxima potencia cuando, un día... pruebe por primera vez las croquetas.



Apreciado padre:

Hace seis meses que comencé a caminar y ya estoy lejísimos. No entendí el chiste hasta que llegué a París. Normal: soy pequeña y mi sentido del humor aún es rudimentario. Además, prefiero el humor físico, como cuando te tiré la sopa encima.

Seguí a Berlín, Estocolmo, Helsinki... Ahora escribo desde una cafetería de Moscú. La gente me trata bien, aunque no acepto sus sospechosos caramelos, como me enseñaste. "Eres muy pequeña para caminar sola", dicen. No lo soy: si no fuera tan pequeña, podría conducir.

Te dejo, que traen tarta y de la tarta no dijiste nada.

Mrs. Mora
Toni García

La pequeña Inés Mora llegó a Inglaterra en verano de 2015. La llevaron allí sus padres en un avión cuatrimotor. La niña tenía problemas con los puntos cardinales, así que su profesora recomendó que se la depositase en el condado de Killarney, con un impermeable y una pequeña vara de fresno para marcar las abscisas. Pero en vez de dirigirse hacia Valencia tomó la dirección de Inverness. Luego la llevaron a Alice Springs, en Australia, y tardó casi tres semanas en encontrar la elevación de Ayers Rock. La pequeña Inés ya ha dicho que de mayor no quiere ser geógrafa.



Fotografía

Pep Bruno

Mientras paseábamos nuestra hija corría arriba y abajo. La tarde se había vuelto fría y el lugar era triste. Entonces la vimos: sentada en un poyo junto a los restos de un antiguo muro, había una vieja. Nos observaba sin disimulo con la mirada fija en la niña y sus correteos. Nuestra hija se detuvo y miró a la vieja. Pareció como si ambas estuvieran ajenas al resto del mundo, tan desafiantes, tan sintonizadas. Tan absortas que pensé que sería bueno hacer una foto e inmortalizar el momento. Entonces la vieja me miró y sonrió mientras yo hacía esta fotografía.

En este preciso momento

Alicia Moreno

De entre todas las celdas de tiempo que tenía ante mí, escogí esta, en la que estás tú, en la que estamos los dos, compartiendo vida, compartiendo este preciso momento. ¿Has pensado alguna vez en las vueltas que ha tenido que dar la vida para que tú y yo nos hayamos encontrado? O quizá la vida no ha dado ninguna vuelta, porque lo tenía clarísimo desde el principio, que tú y yo teníamos que estar juntos, y punto, y nosotros —siempre nosotros— somos los que nos empeñamos en complicarlo todo, en hacer difícil lo fácil. ¿Lo has pensado alguna vez?



Una imagen, cien gusanos

Begoña Oro

Para Inés

Dime, niña, ¿de quién eres,
toda vestida de rosa?
Dime, niña, si encontraste
ardillitas o babosas;
si tocaste el musgo verde
y te oliscaste las manos,
si oliste que de la muerte
hacen vida los gusanos.
Dime si entre hayas y robles
sorpndiste a un ciervo rojo,
si escuchaste a los mirlos
parlotear con petirrojos.
¿Entre rododendros y hayas
viste volar algún hada?
¿Sobre el cisne, en aquel puente,
navegaba un pillo duende?
Dime, niña, dime cosas
de aquellos terruños verdes;
tráeme un arpa y cien lluvias,
tráeme cuentos que recuerde.
Tu foto son cien gusanos
sobre un recuerdo inerte.



La primera

Rosa Ribas

Cien palabras. Pero solo las primeras pasarán a ser míticas en tu historia personal. Tres o cuatro de ellas se disputarán el honor de haber sido la primera absoluta. Tu madre dirá, por supuesto, que fue “mamá”. Tu padre creerá haber oído “papá”, aunque no insistirá mucho. La abuela reclamará “yaya”, pero no tiene testigos. El abuelo dirá que fue tu nombre balbuceado, porque es lo que más te repiten y siempre sonríes al oírlo. Ojalá que no sea “no”. Da lo mismo. Las otras noventa y nueve también serán celebradas. Tus cien primeras palabras. Y de aquí al infinito.

Que no te digan que no hay camino

Jean Murdock

Que no hay camino es lo que hay, se hace camino al caminar, pero eso tú ya lo verás, lo verás pronto. Se hace tortilla de jamón, se hace pularda en azafrán y arroz caldoso y queso y pan, también hay gambas. Se hace un revuelto con las sobras, se hacen migas con el pan, se adoba el pollo con laurel, se adoba el pollo. Y las almejas al vapor con su chorrillo de limón y su vasito de verdejo, y su vasito. Ya lo verás, tú lo verás, andando el tiempo lo verás, tendrás amigos, tendrás amor, tendrás croquetas.



La pequeña Inés

Sol

Cómo decir adiós, pequeña Inés. Mejor un hasta luego; un qué sorpresa aguarda detrás de aquella curva. Tal vez haya un castillo, y seas tú, reina rosa, quien tome posesión de la morada; tú quien la fortifique con ceras de colores. Puede que el que te espera sea un árbol con diez brazos o la sirena azul que se perdió; es posible que encuentres al gato blanco que andaba del revés y a Moina, la ardilla voladora. O todavía mejor, aunque tú aún no lo sepas: las manos de papá para arroparte luego. Templar la despedida y entregarnos al sueño.

Marco

Rocío

Siempre que viene gente de visita me gusta contarles la historia de la foto que preside el mueble del salón. La del camino empedrado y la niña del abrigo rosa, la historia de cómo mis padres me llevaron a un precioso castillo y jugamos a ser reinas y reyes, caballeros y bufones, de cómo después de corretear por los caminos y de subir mil escaleras, me quedé dormida en el hombro de mi padre.

Entonces todos sonríen y yo pienso que ojalá fuese verdad, ojalá esa niña fuese yo y no la foto de exposición que venía con el marco.



El pulso de la vida

Jorge Ordóñez

Al principio, un sentimiento de miedo y congoja me sobrecogió. Algo que pensaba que siempre sería una parte de mí empezaba a alejarse, de manera incontrolable comenzaba a separarse de mí.

Después conseguí superar el vértigo de aquella distancia fijándome en sus pasitos, pequeños y dubitativos, pero llenos de curiosidad; el asombro surgió dentro de mí.

Finalmente, me fijé en la posición de su cuerpo, presta para desafiar todo aquello que pudiera encontrarse en el camino. No tenía miedo alguno; yo, en cambio, me sentí lleno de admiración.

Guardo ese recuerdo como síntesis inolvidable de mis futuras vivencias como padre.

La estación de Inés (3)

Óscar Mora

Es imposible que lo recuerdes, pero el camarero del hotel te invitó a desayunar todos los días y todos los días te dijo que tenías una risa muy cantarina -dicen que como tu madre-; tampoco te acuerdas -eres muy pequeña, Inés- de que pegabas la nariz al cristal y en cuanto paraba de llover salías corriendo por el camino del castillo en ruinas, y jugabas a que te escondías de mí como cuando te tapabas la cara en las ecografías, y yo jugaba a que no te encontraba, mecidos en el rumor de un verano lleno de todas tus estaciones.



Tentáculos

Meryone

Pues me quedé. Tengo apenas cinco sentidos, ya no cambio nunca de forma sin querer, veo en colores y creo que soy feliz. Toda la energía que antes empleaba en intentar conquistar la Tierra se me va ahora en disimular los tentáculos de la niña y borrarle el susto a su madre cada vez que aparecen. Ya es casi mayor y debería empezar a controlarlos ella sola pero se ríe tanto al sacarlos que de momento no le he contado que los otros niños no tienen (que sepamos). No puedo ser el primero que haya fingido su muerte por amor.

Vámonos

David Araújo

Llevámonos. De niña, en vez de “me voy”, decía “me llevo”. Si cuando iba al parque por decisión de sus padres, decían “te llevamos al parque”, cuando era ella la que decidía ir a algún lugar dentro de sus escasos metros de autonomía, lo suyo era un “me llevo”. Más allá de esta lógica, por infantil aplastante, sigue, ya adulta, prefiriendo un “me llevo”. Quizá porque chocó con muchos “me voy” lapidarios, a destiempo, en los que hubo amargura o resentimiento, tan distintos al de hoy, que sugiere afecto y deseos de retorno. “Me llevo”, dice; “nos llevamos”, le dicen.



La edición 12 y última de los cuentos de 1/100 se terminó de maquetar el 6 de junio de 2019, justo 190 años después del nacimiento de Hon'inbō Shūsaku. Shūsaku es una de las únicas tres personas “Kisei”, es decir, “Sabio del Go”.

El Go es un juego de mesa que consiste en rodear las piezas de tu oponente con las tuyas propias.

Es, además, el autor de la jugada más famosa de la historia del Go:

La jugada de las orejas enrojecidas:

Parecía que iba por detrás una partida, cuando de repente hizo un movimiento claramente perdedor. Todos pensaban que iba a quedar derrotado, salvo un espectador, que vio enrojecer las orejas de su rival, que sí se había dado cuenta de que estaba perdido.

¿No es genial?



Gracias

* * *